

HISTORIA CLÍNICA DE S.M. DON CARLOS II

(UN HOMBRE ENFERMO, NO IDIOTA Y MUCHO MENOS HECHIZADO)

Manuel Carpio González

Académico Correspondiente

RESUMEN

PALABRAS CLAVE

Habsburgo.
Hechizos.
Raquitismo.
Esterilidad.
Endogamia.

El día primero de noviembre de 1700 fallecía en Madrid el rey don Carlos II. Había sido un hombre con una carga genética fruto de un incesto durante varias generaciones, por motivos políticos. El rey, estuvo enfermo toda su vida de múltiples patologías tales como raquitismo, trastornos gastrointestinales y urológicos, no pudo engendrar con ninguna de sus dos esposas y con él se agotó en España, la línea directa de la dinastía Habsburgo. Este trabajo describe su historial clínico y causa de su muerte.

ABSTRACT

KEYWORDS

Habsburg.
Spells.
Raquitism.
Sterility.
Imbreeding.

The firsts of november 1700 died in Madrid King Charles II. He was a man with a genetic pattern derived from the incest during several generations. The king, affected of different illness, during all his life, such as raquitism, gastrointestinal and urological process, could not have descendents with any two wives. With him disappeared, in Spain, the Habsburg dynasty. This article describes his clinical history and the cause of his death.

A las 14 horas y 49 minutos del día de Todos los Santos del año 1700 fallecía en el Alcázar de Madrid, S.M. Don Carlos II. Tenía 39 años y era un anciano en el más estricto sentido de la palabra. Pero ¿cómo un hombre joven puede llegar a ese grado de desgaste? Este ponente, se adhiere a la corriente historiográfica actual que sigue la línea interpretativa del duque de Maura y que puede definirse en “ni tan hechizado ni tan decadente”, pero como afirma el profesor Ribot, el sobrenombre “Hechizado” pesa como una losa a la hora de acercarse a la figura histórica. Hoy pretendemos ilustrar a este distinguido auditorio sobre la patocronia de tan infortunado personaje.

Carlos de Habsburgo y Habsburgo-Estiria había nacido el 6 de noviembre de 1661 en el Alcázar, hijo tardío del rey Felipe IV y de su segunda esposa y sobrina carnal Doña Mariana de Austria-Estiria. Era el quinto hijo y único varón vivo, pero su nacimiento no despertó excesivas celebraciones porque 5 días antes había fallecido su hermano Felipe Próspero.

La reseña oficial de su nacimiento, la hizo la *Gazeta de Madrid*: "...un robusto varón, de hermosísimas facciones, cabeza proporcionada, pelo negro y algo abultado de carnes"¹. El recién nacido no dejaba de ser fruto de un continuado y político incesto entre las dos ramas de la casa de Austria.

En cualquier árbol genealógico, la segunda, tercera y cuarta y quinta generaciones constan de 2, 4, 8 y 16 antepasados respectivamente, lo que suman 30 parentescos por cada progenitor. En total 60 (Tabla I), pero Carlos solo tenía 30 (Tabla II).

La endogamia favorece la homocigosis de los alelos recesivos potencialmente patológicos, que no aparecerían si hubiese heterocigosis².

En la historiografía³ se atribuye a esta endogamia el supuesto cariotipo o fórmula cromosómica del rey: 47/XXY que correspondería al de un síndrome de Klinefelter. Pero el rey no presentó el fenotipo característico del síndrome: hábito eunocoi-de con ginecomastia, elevada estatura (piernas largas y tórax corto), aunque sí testículos pequeños, infertilidad, retraso leve en la comprensión y comportamiento inmaduro. Ante esta incoherencia diagnóstica se ha teorizado eclécticamente que pudo tratarse de un mosaicismo o mezcla de genes de dos cromosomas en uno solo. Pero ninguna de estas conjeturas genéticas están comprobadas con certeza, ni conocemos el cariotipo del rey. Por ello no pasan de ser más que eso: teorías, modelos y suposiciones.

La sobreprotección del recién nacido era tan grande y obsesiva que nadie lo había visto y por las cortes europeas corría el rumor de que era niña. Felipe IV deseoso de dar a conocer el sexo de su heredero, permitió al embajador francés señor de Livry presentar sus respetos al príncipe. Tras ello⁴ escribió a Luis XIV:

¹ La *Gazeta* se puede consultar en www.boe.es

² Con la endogamia aumentan las probabilidades de que se formen homocigotos que transportan enfermedades autosómicas recesivas. La Iglesia Católica, ya en esa época, prohibía los matrimonios consanguíneos de tan altos grados de consanguinidad. Las dispensas para estos casamientos reales se hacían bajo presión política imperial, para mantener unidas a las dinastías Habsburgo de los imperios de España y de Austria-Hungría durante los siglos XVI y XVII (Cruz-Coke, M, Ricardo. "Carlos II de España. El hechizado". *Rev. Méd. Chile*, 136 (2008), p.950). Esta violación continuada de la prevención genética, produjo lo que se denomina como "depresión endogámica" por la aparición de alelos perjudiciales que ponen en peligro la supervivencia de la especie, como realmente sucedió con la Casa de Austria española.

³ CERDA LORCA, Carlos, "Carlos II de España. El hechizado". *Rev. Med. Chile*, 136 (2008), pp. 267-270.

⁴ LISÓN TOLOSANA, Carmelo, *La España mental: el problema del mal. I. Demonios y exorcismos en el siglo de oro*. Torrejón de Ardoz, Akal, 2004.

El príncipe parece ser extremadamente débil. Tiene en las dos mejillas una erupción de carácter herpético. La cabeza está enteramente cubierta de costras. Desde hace dos o tres semanas se le ha formado debajo del oído derecho una especie de canal de desagüe, que supura. No pudimos ver esto pero nos hemos enterado por otro conducto. El gorrito, hábilmente dispuesto a tal fin, no dejaba ver esta parte del rostro.

La descripción “oficial” que la Gazeta hizo del neonato debió ser demasiado cariñosa, si atendemos a la carta del embajador de Francia.

En parte era certera la apreciación del francés, pues además del labio belfo y mandíbula prominente, propios de su dinastía y que serían causa de futuros problemas en el yantar, tenía el ganglio en el cuello continuamente supurante, que mencionaba el embajador francés, y que los médicos en su torpe empirismo, no acertaron en curar.

Hasta la muerte de Felipe IV pasó por los pezones de 14 amas, pero al convertirse en rey, por lógico decoro, hubo que destetarlo.

Aislado en el alcázar, sin contacto con otros niños, por miedo materno a su muerte y pérdida del único heredero, se crió ajeno completamente a los rayos del sol y corrientes de aire. La deficiencia de vitamina D impidió absorber el calcio de la leche nodriza y fue causa de su raquitismo. La osteomalacia secundaria a la avitaminosis, originó macrocefalia, huesos débiles y blandos, y dificultó que sus extremidades lo sostuviesen.

Así, durante su proclamación estuvo sentado en una silla entre almohadones, pues presentarlo en los brazos de su aya, la marquesa de Los Vélez, hubiese sido reconocer su retraso óseo, evento que nadie quería admitir pero que no engañó a ninguno de los presentes⁵.

No anduvo hasta los seis años y ello fue celebrado en una coplilla popular:

El príncipe, al parecer
Por endeble y patiblando
Es hijo de contrabando
Pues no se puede tener.

EDUCACIÓN

No habiendo cumplido aún los seis años, por real decreto de 24 de mayo de 1667, la reina madre le asignó como preceptor a don Francisco Ramos del Manzano (catedrático de vísperas en Salamanca y verdadera lumbrera universitaria). Se le encomendaba no sólo enseñar a leer y escribir al rey, sino también enseñarle su oficio. Sin duda Del Manzano, aunque sabio, no fue el pedagogo más adecuado, ni

⁵ Fue el raquitismo la causa del retraso en la marcha y correcta bipedestación y no el síndrome del X frágil, al cual autores como Navalón & cols. atribuyen todas las patologías del Rey. Navalón Ramón, Enrique, “La enfermedad de Carlos II”. *Revista Valenciana de Medicina de Familia*, (2006), pp. 17-18.

la mejor influencia para el rey. Cuando Carlos se encargó del gobierno al cumplir los catorce años de edad, no conseguía leer ni escribir con fluidez y no tenía hábito de estudio.

Tuvo que ser su hermano Juan José, hijo legitimado de Felipe IV, que lo tuvo con la actriz La Calderona, quien recriminase a la reina regente la insuficiente educación del rey. Cierta día en que, ya primer ministro, Juan José de Austria mostraba a su hermano Carlos una carta dirigida al duque Víctor Amadeo de Saboya, el rey se fijó en su hermosa caligrafía, y cuando se le instó a que contestara de su puño y letra respondió: “yo no sé” .Jesús!, replicó su hermanastro, ¿eso ha de pronunciar un Rey de España? Y a partir de ese día, se aplicó en darle una lección diaria de caligrafía y estilo⁶.

Como confesor se le asignó el dominico fray Pedro Álvarez de Montenegro quien al contrario del otro preceptor, supo hacer su trabajo. Lo único sano que tuvo el Rey hasta el momento de su muerte fue su conciencia. Aunque su educación y cultura eran deficientes, la distinción entre el bien y el mal la tenía clarísima.

Durante la infancia fue blanco de casi todas las infecciones posibles: las bronquiales fueron frecuentes, con cinco años sarampión que duró dos semanas, y un año después, viruela que casi acaba con su vida. Enfermedades frente a las cuales, ni existían en la época terapias efectivas, ni el rey estaba preparado para no contagiarse o luchar una vez infectado. Pero fueron las infecciones gastrointestinales las que le acompañaron toda su existencia.

La etiología de la patología gastrointestinal era múltiple. Contribuyó como ya se ha mencionado el raquitismo, pero también los repetidos procesos infecciosos y, cómo no, su apetito voraz, complicado con la deglución de alimentos insuficientemente masticados⁷.

Según Ribot⁸, el rey, que subestimaba sus capacidades, poseía dos importantes cualidades regias: la capacidad de disimulo y la de guardar silencio, dotes con las cuales conseguía despistar si no engañar repetidamente a su entorno, incluso a su madre. Si hay un hecho que defina su carácter, y sobre todo disipe las dudas sobre su falta de inteligencia, fue lo sucedido al alcanzar su mayoría de edad. Esta llegó en

⁶ KAMEN, Henry: *La España de Carlos II*. Barcelona, Crítica, 1981. Kamen, al igual que Calvo Poyato, consideran a D. Juan José de Austria uno de los personajes más capaces de España en su tiempo. No pretendió nunca suplantarse al Rey, sino hacerlo un buen Rey. En este mismo sentido reseña como documentos excepcionales, las cartas que Carlos II escribió a Luis XIV con una caligrafía de caracteres grandes e irregulares, más propia de un párvulo que de un rey de dieciocho años.

⁷ En embajador inglés Stanhope informaba: “...tiene un estómago voraz y traga entero todo lo que se come, pues su quijada inferior sobresale tanto que sus dos filas de dientes no pueden coincidir” (Stanhope a Shrewsbury, 19.9.1696, *Spain under Charles II Extracts from the correspondence of The Hon. Alexander Stanhope. British Minister at Madrid, 1690-1699*. John Murray. London, 1840, p. 79).

⁸ RIBOT GARCÍA, Luis, *Carlos II. El Rey y su entorno cortesano*. Madrid. Centro de Estudios Europa Hispánica, 2009, p. 19.

1675, y su madre consciente de la nula preparación de su hijo en las tareas de Estado y su incapacidad mental para asumirlas, propuso suspender la disposición testamentaria de Felipe IV que daba por finalizada la Regencia al cumplir Carlos catorce años, y prorrogarla otros dos años más. La reacción del rey fue negarse a firmar el decreto, con lo cual se rebelaba abiertamente contra su madre. Pero además escribió a su hermano Juan José para que acudiera a su lado y lo ayudase en las labores de gobierno, lo que constituía un nuevo enfrentamiento con la hasta entonces reina regente.

Esta actuación pudo haber sido inducida por terceros, pero su manifestación es impropia de un cretino o de un inmaduro mental. Es la expresión de un ser no falto de inteligencia, responsable y consciente de sus limitaciones.

La escasa salud del rey fue enemiga de viajar y por ello durante su reinado tan sólo hizo tres únicos viajes. El primero fue en 1679 a Aragón. Su hermano Juan José, ya primer ministro, había programado visitar todos los reinos de la Corona de Aragón y Navarra, pero la incapacidad del rey aconsejó hacer una sesión conjunta de Cortes en Zaragoza y olvidar Navarra. Los otros dos viajes largos allende Madrid, fueron en noviembre de 1679 para casarse con su primera esposa en la aldea burgalesa de Quintanapalla, y el segundo en mayo de 1690, para encontrar a la futura reina María Ana de Neoburgo en Valladolid.

PRIMER MATRIMONIO

Como remate de la consanguinidad ya mencionada, se barajó como candidata inicial para esposa del rey una archiduquesa de la Casa de Austria. Pero no cualquiera, sino la hija que su hermana Margarita había tenido con el emperador Leopoldo: la archiduquesa María Antonia. Era la favorita de su abuela y tía abuela, la madre del rey, la reina Mariana; pero la archiduquesa fue excluida por tener tan sólo 6 años.

Ello sirvió para que en esta ocasión la sangre pudiese venir parcialmente limpia, pues el Consejo de Castilla decidió unánimemente la candidatura de María Luisa de Orleans. El retrato que el embajador galo marqués de Villars escribió del rey no dejaba margen de ensoñación a la novia:

Carlos es más bien bajo que alto: feo de rostro, de cara y de cuello largos; y con una barbilla algo especial, como encorvada hacía arriba: tiene el labio inferior grueso y caído y unos ojos no muy grandes, entre grises y azulados. En conjunto su rostro no es agradable y en él se manifiestan signos evidentes de degeneración. Su carácter es de aspecto lento, torpe e indiferente; mentalmente infantil y muy dependiente de su madre. Dejadez en todas sus acciones y debilidad en sus movimientos⁹.

⁹ VILLARS, marqués de, *Mémoires de la Cour d'Espagne, de 1679 à 1681*, ed. de M. Morel-Fatio, París, Librairie Plon, 1893.

El rey, que por entonces tenía 18 años, no estaba interesado en el matrimonio y sólo la necesidad imperiosa de un heredero le llevó a aceptar salir de su piadoso celibato. Pero cuando le presentaron un retrato de María Luisa, se enamoró perdidamente de ella. Le correspondió con otro retrato suyo, pintado por Carreño de Miranda, rodeado de diamantes que fue su regalo de bodas.

Ambos cónyuges buscaron continuamente el embarazo. María Luisa intentaba retrasar la menstruación mediante comidas y bebidas heladas administradas en días concretos, y anunciaba embarazos luego desmentidos. Una popular cuarteta¹⁰, le recordaba a la Reina que su único cometido en España era dar un heredero:

Parid bella flor de lis
que en aflicción tan extraña
si parís, parís a España
si no parís, a París.

Cuando los medios biológicos fallaban, acudían a la intercesión divina, peregrinando y realizando ofrendas al tan querido por los Habsburgo sacramento de la Eucaristía. Mas esto tampoco engañaba al pueblo, y ya se empezaba a comentar que el rey era impotente.

Por los mensajes que le llegaban de su sobrina, Luis XIV supo que el rey de España tenía erecciones, pero también que estas concluían prematuramente en eyacuación; por tanto tenía cada vez más claro, que esa pareja no iba a engendrar hijo alguno.

Rebenac, embajador extraordinario de Francia, escribió a Luis XIV que la reina había perdido su virginidad, aunque no confiaba en quedarse embarazada. Tras investigar por su cuenta comunicó los resultados a su señor:

Me ha parecido señor que valía la pena aquilatar el asunto a fin de someter a Vuestra Majestad un informe fidedigno. El Rey usa camisas cortas de tela gruesa y rasca bien y se cubre de cintura para abajo con calzoncillos. He podido conseguir dos de estas prendas íntimas maculadas, y las he hecho analizar por dos cirujanos. El uno afirma que la generación es posible, el otro la niega¹¹.

El miércoles 9 de febrero la reina presentó sintomatología compatible con una intoxicación alimentaria. Guardó cama y por la noche su estado se agravó, presentándose fiebre y vómitos que duraron dos días. A las cuatro de la tarde del día 11 ya estaban establecidos los signos de peritonitis y en la mañana del día 12 expiró.

Cuatro días después del fallecimiento de María Luisa, el rey, al levantarse por la mañana tuvo síntomas de mala digestión. Le administraron una purga que casi lo

¹⁰ GÓMEZ-CENTURIÓN JIMÉNEZ, Carlos, "La sátira política durante el reinado de Carlos II". *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, 4. Ed. Universidad Complutense. Madrid, 1983. p. 24.

¹¹ CONTRERAS CONTRERAS, Jaime, *Carlos II El Hechizado. Poder y melancolía en la corte del último Austria*. Madrid, Temas de Hoy, 2003, p.235.

mata. Fue tal la diarrea que le provocó y la consecuente deshidratación, que entró en un estado estuporoso que duró varias horas y tras el cual se instauró una elevada fiebre e inflamación generalizada del cuerpo, especialmente de la lengua que le impedía comunicarse.

SEGUNDO MATRIMONIO

Apenas pudo el rey guardar luto. Urgía nuevo matrimonio para obtener un heredero y tres meses después de quedarse viudo, hubo de elegir esposa. Tras sopesar varias candidatas, se eligió a María Ana de Neoburgo, por ser una princesa de la órbita Habsburgo, pero principalmente por pertenecer a una familia de doce hermanos, que de algún modo garantizaba la fertilidad tan necesaria en la Casa Real española.

Al igual que María Luisa, era consciente del objeto de su presencia en España y para tener asegurado el favor de su marido y del pueblo, fingía continuos embarazos que concluían en igualmente fingidos abortos. Con ella llegó su médico personal, el doctor Geelen, al que le debemos las mejores descripciones clínicas del rey.

En la primavera de 1693 el rey enfermó con una sintomatología que luego sería en él una constante: fiebre, cefaleas, alteraciones del ritmo cardiaco y tos seca. Algunos galenos le diagnosticaron tisis aguda e iniciaron el consabido tratamiento empírico. Se le administraron cuatro purgantes, dos de ellos muy fuertes, tres sangrías y varias tomas de jarabe de berberos con agua de chicorias¹². Es del todo probable que se tratase de una salmonelosis y a pesar de la más que errónea terapia logró restablecerse, pero a costa de quedarse alopécico¹³.

El 16 de mayo de 1696 fallecía de un carcinoma en el pecho izquierdo doña Mariana de Austria, y en septiembre del mismo año, Carlos II volvió a tener repetidos despeños diarreicos asociados a fiebre elevada. Al tercer día del inicio de la sintomatología, le purgaron y como sucedía siempre tras las depuraciones, cayó en un estado sincopal alternado con delirios. La alarma fue extrema y decidieron administrarle el viático. Lo más increíble es que volvieron a prescribirle un purgante; más fortaleza que la atribuida por la historiografía debió de tener, pues de esta también salió vivo. Geelen, con gran acierto, diagnosticó unas tercianas, pero erróneamente las trató con *murex tinturis et cata*. Como las fiebres no remitían los partidarios de la medicina galénica tuvieron que aceptar administrarle quinina, recién traída por los jesuitas.

¹² Debe tratarse del jarabe de achicorias con ruibarbo, remedio para los ardores de hígado y purificar a sangre. Vid. MARTÍNEZ, Cosme, *Farmacopea matritense en castellano*, Madrid, Imprenta calle de la Greda, 1823. p. 178.

¹³ GARCÍA ARGÜELLES, Ramón, “Vida y figura de Carlos II ‘El Hechizado’”, en *Actas de 2º Congreso Español de Historia de la Medicina*, vol. II, Salamanca, 1965.

La crisis de la fiebre no supuso la recuperación del rey¹⁴, que aún en diciembre seguía postrado, con fatiga extrema, anorexia y complicaciones bronquiales que se expresaban como tos seca. La debilidad era tan extrema que los médicos, aun a costa de entorpecer el deseo sucesorio, le prohibieron la cohabitación conyugal.

Quiso acudir a la procesión del Corpus de 1699 para acercarse a su pueblo y al sacramento de la Eucaristía, tan amado por los Habsburgo. Si lo que se pretendió era que el pueblo viese a su rey, el espectáculo que vio fue lamentable y obligó a abreviar el recorrido de la procesión. Carlos II mostraba una imagen cadavérica, con edema generalizado en todo el cuerpo y requería ayuda para mantenerse en pie y andar.

En realidad debió dar tanta pena, decía Geelen, que el pueblo no sabía si rezar por su vida o por su muerte

HECHIZADO

Pero ya dijimos que si algo pesa como una losa sobre Carlos II es el sobrenombre de “Hechizado”. Apelativo que no se ajusta a la realidad y con el que poco tuvo que ver.

En los inicios de 1698 el problema sucesorio ya era inminente. Todos creían que un maleficio era el causante de los males de la monarquía y sobre todo de la falta de heredero. Pero el principal deudor de ello fue el rey, cuya conciencia sufrió mucho y no menos su cuerpo. Como dice López Alonso, el pueblo se lo escupió a la cara sin piedad, y la presión fue tanta que él mismo se lo creyó y así comenzó uno de los mayores esperpentos de la España moderna.

Depuesto del confesionario real el sensato fray Pedro Matilla, el Inquisidor General Rocaberti, aliado con el nuevo confesor fray Froilán Díaz, decidió investigar el hechizo¹⁵. Supieron de un afamado exorcista asturiano fray Antonio Álvarez de Argüelles, al que pidieron que preguntase al diablo si el rey estaba embrujado, pero sobre todo el por qué y el cómo.

El exorcista Álvarez Argüelles, consciente de la importancia de su encargo, ya se vio encumbrado a una diócesis. Pero las preguntas que le hacían para trasmitírselas al diablo eran cada vez más prolijas y precisas y sus contestaciones, sin embargo,

¹⁴ La dosis aconsejada en el siglo XVII era el peso de dos reales de plata de polvo de corteza del quino. Esta dosis es menor de la tercera parte de la dosis terapéutica admitida actualmente. La no eficacia de la dosis administrada y la recaída del paciente, fue lo que llevó a Geelen a cuestionar los conocimientos que del mismo tenían los médicos españoles. Vid. REY BUENO, Mar, *El Hechizado. Medicina, alquimia y superstición en la corte de Carlos II*. Zaragoza, Ediciones Borealis, 1988, pp. 110-111.

¹⁵ Los hechizos y el posterior proceso están extensamente descritos en MAURA, duque de, *Vida y reinado de Carlos II*. Madrid, Aguilar, 1990, pp. 591-595; y también en TUERO BERTRAND, Francisco, *Carlos II y el proceso de los hechizos*. Gijón. Fundación Alvargonzález, 1998, pp. 86-97 y 117-124. No obstante, el relato más didáctico corresponde a Calvo Poyato, José: *Carlos II el Hechizado y su época*. Barcelona, Planeta, 1991, pp. 165-178.

cada vez más vagas. Interrogado el demonio, éste inicialmente locuaz, refirió que el rey había sido hechizado cuando tenía catorce años por medio de un bebedizo anti-genésico y para contrarrestarlo recomendaba que el rey tomase un cuartillo de santo óleo en ayunas, diese frecuentes paseos, y se le leyese el ritual canónico para tal fin; además, si la salud del monarca lo soportaba, que se le diese un potente vomitivo. No le hicieron caso porque una cosa tenían clara el Inquisidor y el Confesor: el tratamiento revelado mataría al rey.

El demonio se había convertido en un perfecto tertuliano con el charlatán Argüelles y llegó a señalar como autora del encantamiento a la difunta madre del rey.

En junio de 1699 falleció el inquisidor y fray Froilán quedó solo en aquel entuerto. Asustado decidió abandonar el proceso, pero fue entonces cuando éste llegó a oídos de la reina, que había estado ajena al mismo y lo puso en conocimiento de la Inquisición que abrió proceso al confesor.

Cuando parecía todo olvidado, surgió en Viena un nuevo demonio que también opinó del tema y el emperador Leopoldo I, más crédulo que su sobrino y cuñado, ordenó que se escuchase a la posesa austriaca mediante la cual se expresaba. Este demonio teutón culpó del maleficio a una bruja madrileña llamada Isabel. El emperador remitió todo el expediente a Madrid, y la Inquisición registró el domicilio de la mujer hallando material de brujería. La cosa ya estaba clara y, ante el asombro jocoso de Europa, se decidió someter al rey a un nuevo exorcismo. Se solicitaron los servicios de un segundo exorcista, el saboyano fray Mauro Tenda, que a finales de 1698 sometió a Carlos II a dos sesiones de exorcismo. El demonio esta vez señaló a la actual reina.

Esto fue ya el agua que colmó el vaso y la reina, la única persona incrédula, decidió concluir todo y así lo hizo. Tras nombrarse un nuevo inquisidor general, se procedió al arresto de los supuestos culpables: a fray Froilán lo enclaustraron en Valladolid desde donde huyó a Roma y una vez localizado, nuevamente apresado y devuelto a España; fray Mauro fue exculpado por el Consejo de la Suprema pero expulsado de España. Quedaba el rey, o lo que quedaba del rey, agotado física y moralmente y completamente convencido de estar endemoniado.

EL FIN

A finales de verano de 1699, Carlos II mejoró y pudo realizar su ansiado viaje a El Escorial, incluso se planteó otro viaje a Guadalupe, luego descartado, pues cuando regresó nuevamente a Madrid su salud se deterioró. Por medio del virrey de Nápoles, duque de Medinaceli, se contrató al eminente médico Tomasso Donizelli. Este llegó cuando la malaria lo había anemizado profundamente y empezaban a aparecer fallos sistémicos. Propuso un nuevo régimen terapéutico: sales de absintio por la tarde y masajes de aceite en el estómago.

El 24 de febrero de 1700, cuando pretendía asistir a una comedia, sufrió un desmayo por el que lo acostaron, apareciendo a continuación sintomatología de vías

respiratorias altas: fluxión de humores de la garganta a la cabeza y al pecho, haciéndole toser mucho sin que nadie le aliviase la expectoración. Aquel día se le purgó en cinco ocasiones y asustados los médicos decidieron no administrarle la sexta que se substituyó por una tisana de aguamiel.

El 10 de agosto describía Geelen hasta ocho deposiciones durante una noche, sufriendo en la última una lipotimia que duró un cuarto de hora. Al no existir convulsión descartaba una epilepsia¹⁶ y advertía del peligro de purgarle por su gran debilidad. Ante la continua presencia de vómitos, pujos y deposiciones pútridas, el 20 de septiembre se decidió suspender cualquier tipo de medicación y remedio, instaurando un régimen muy severo sin alimentos fuertes, y de bebida solo agua y algo de vino por la mañana.

A finales de septiembre ya no era capaz de retener alimentos ni medicamentos y el día 28 se le administró la extremaunción. Totalmente desahuciado, no obstante, aún tuvo una ligera mejoría que describe Geelen el 8 de octubre:

Parecía imposible que resistiese el Rey, después de los 250 cursos padecidos en diecinueve días; pero empieza a convalecer; se contiene la diarrea y mejora su materia; renace el apetito y se atenúa el aspecto cadavérico, porque no es raro que estas enfermedades adulen así antes de reaparecer con acometida más recia¹⁷.

Acobardado y consciente de su final, se había negado a firmar decretos y delegó sus funciones en el cardenal Portocarrero. En febrero de 1699 había fallecido su sobrino-nieto el príncipe elector José Fernando de Baviera, que había sido el heredero en el testamento de 1696.

Fue esa mínima mejoría en su salud, la que le permitió firmar un segundo y necesario testamento.

El 27 de octubre Carlos II inició su agonía. No era capaz de levantarse y las deyecciones las hacía en la cama. Para devolverle el calor natural le aplicaron sobre el abdomen entrañas recién sacadas de carneros. No tomaba ningún alimento¹⁸, y el estado estuporoso lo alternaba con delirios. El día 29, a las seis de la tarde, el nuncio le volvió a administrar los últimos sacramentos; después le dieron leche de perlas y

¹⁶ Solo Alonso-Fernández ha considerado que Carlos II estaba enfermo de epilepsia e incluso atribuye a esta patología la causa de su prematuro envejecimiento. Menciona su aparición durante la infancia y en los últimos años de vida. Vid. ALONSO - FERNÁNDEZ, Francisco. *Historia personal de los Austrias españoles*. Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 256.

¹⁷ Es muy significativo de la gravedad del Rey, el enorme número de deposiciones diarreicas que había tenido en menos de un mes, indicativas del estado de deshidratación del monarca. Geelen como buen clínico y observador, advierte, por experiencia, que la mejoría no deja de ser un espejismo antes del desenlace. Vid. MAURA, duque de, *op. cit.* p. 667.

¹⁸ En sus últimas horas le dieron a beber el Agua de la Vida del alquimista y astrólogo Luis de Aldrete y Soto. Descrita por su autor como la panacea universal, no era más que un aguardiente espirituoso de gran predicamento en la alta sociedad madrileña. Había sido administrado también a la reina María Luisa de Orleans en su agonía. Vid. REY BUENO, Mar, *op. cit.* p. 128.

descansó, aunque la diarrea con dolor abdominal no cesó. Acordaron ponerle cantáridas en los pies y pichones muertos en la cabeza, para evitar los vahídos. Los días 29 y 30, los pasó muy inquieto. El día 1 de noviembre tras decirle a la reina “me duele todo”, entró en coma, y a las dos horas y cuarenta y nueve minutos de la tarde expiró.

La autopsia fue practicada dos días después del óbito por los médicos de cámara y el boticario real.

El corazón no era más grande que un huevo de paloma y estaba blando como la tiza de mala calidad; los pulmones y el hígado se hallaban poco desarrollados y el último contenía una piedra de color café, tan grande como una judía. La única víscera que se hallaba sana era el bazo. La cabeza estaba llena de agua. De los dos testículos solamente apareció uno y era negro como el carbón. En el cuerpo no se halló más de una onza de sangre y en cuanto a la apariencia del cadáver era la misma como si llevase un año entero en la tumba.

Si los signos y síntomas que había presentado en vida correspondían a su infección palúdica, los hallazgos macroscópicos de la autopsia también eran compatibles con la misma. La contradicción, como afirma García-Argüelles¹⁹, era la indemnidad del bazo, aunque esta descripción pudo ser fruto de una inspección somera, más que de una observación más detallada.

La Gazeta del día 9 de noviembre daba oficialmente la noticia:

El martes, a las veinte y quatro horas de su fallecimiento, se embalsamó el cuerpo del Rey nuestro Señor (que Dios aya.) Hallaronse las entrañas, hígado y pulmones estiomenados, o cancerados, el coraçon seco y consumido, desechas las fibras, sin que en él, ni en todo el cuerpo tuviesse una gota de sangre. El miércoles tres se expuso el Real Cadaver en la misma cama donde nació...

Incluso la historiografía más favorable reconoce la incompetencia del rey, sobre todo carencia de las cualidades políticas que su tiempo requerían. El rey, según Maura, no era un cretino, pero no podía evadirse de su carga genética ni de la mala formación que había recibido. No había sido educado ni en el esfuerzo ni en el trabajo cotidiano. Era un hombre enfermo, sin criterio, falto de confianza en sí mismo y de voluntad compulsiva, pero siempre obediente a otra más fuerte cercana. Llevado por estos impulsos y con la mala conciencia de no estar ejerciendo su oficio de rey, en ocasiones se mostraba autoritario y dispuesto a tomar decisiones; pero a ese ímpetu inicial le seguía una mansedumbre absoluta, volviendo a no asistir a las reuniones de los Concejos ni a despachar con sus ministros; incluso la documentación oficial estaba firmada con una copia en facsímil de su firma auténtica.

¹⁹ GARCÍA ARGÜELLES, Ramón, *op. cit.* p. 219.

Para él era un sacrificio dedicarse a los asuntos de Estado, pero en el plano humano era sencillo, de todos conocidas su bondad y piedad y sobre todo consciente de quién era.

No se le puede atribuir toda la culpa a los cromosomas, pues su padre, su madre, su hermana Margarita y hasta su tío el emperador, tenían casi la misma carga genética y eran normales. Lo que llama la atención es que en una época en que el índice de mortalidad infantil era del 150 a 350 por mil, llegara a vivir 39 años.

TABLA I. Cuadro genealógico completo hasta la quinta generación

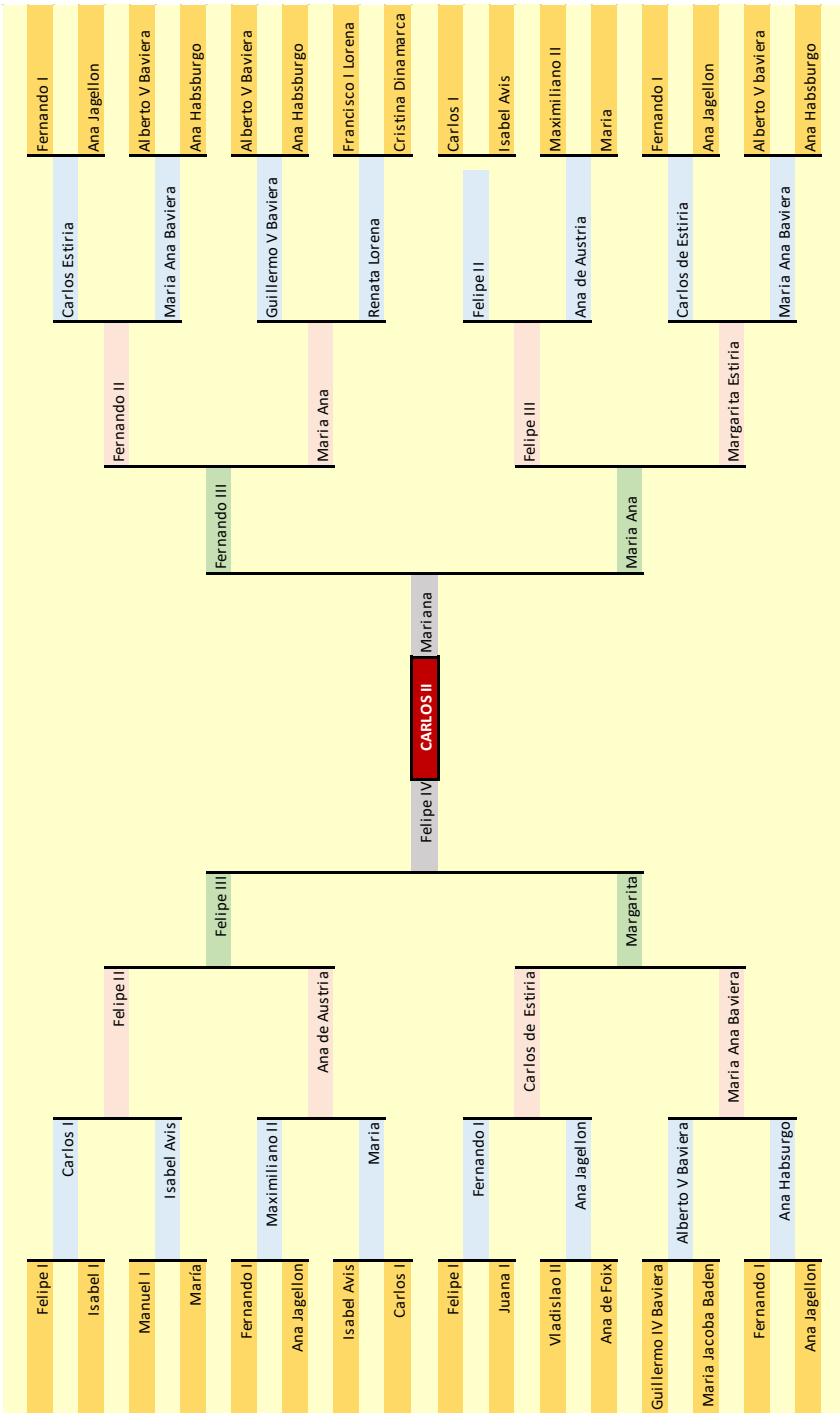


TABLA II. Cuadro genealógico de la tabla I eliminando los parientes repetidos

